

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

*Acta de la primera sesión privada del curso académico de 1895 á 1896
celebrada el domingo 13 de los corrientes á las 10 de la mañana.*

Bajo la presidencia de D. Rafael Marsá se reunió la Academia Calasancia en sesión privada, en el día y hora señalados en la convocatoria publicada en el último número de esta REVISTA á fin de dar cumplimiento al art. 46 del Reglamento, en virtud del cual debían cesar en sus respectivos cargos el Presidente, Contador-Administrador, Vice-Secretario y Vocal Suplente 1.º, procediendo á nuevas elecciones.

Abierta la sesión el Sr. Presidente dió cuenta del envío á S. S. del telégrama protestando de la conducta del Gobierno italiano en el vigésimo quinto aniversario de la usurpación de Roma, leyendo la contestación al mismo, que ya conocen los lectores de la REVISTA.

Se dolió de los escándalos estudiantiles ocurridos en nuestra Universidad, «ocasionados, dijo, por elementos anti-católicos que atropellan la libertad á nombre de la libertad misma» dándose lectura por el Secretario de una carta dirigida por una Comisión de estudiantes católicos á esta Academia en la que se dice que en sesión celebrada han acordado dirigirse á las Asociaciones Católicas para que protesten del modo que crean más conveniente de los insultos que se han inferido á nuestra Religión por los adictos á la masonería y otras sectas y contra el atropello de que fué objeto el señor Obispo, encargando, además, que no traten en sus protestas de la cuestión escolar dejando para ello libertad completa á la comisión. Ruegan á los socios que sean estudiantes pasen á firmar las exposiciones al señor Obispo de esta Diócesis y Ministro de Fomento en los locales de la Asociación de Católicos, Juventud Católica y Asociación de S. Luis Gonzaga de la parroquia de los Angeles.

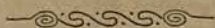
Procedióse luego á la votación, que tuvo lugar sin tropiezo alguno, á no ser que la de los cargos de Vice-Presidente y Secretario tuvieron que repetirse dos veces por no resultar mayoría. La elección de este último se hizo por haber presentado la dimisión del mismo el Sr. Bertrán, que le fué admitida. Por pasar á ejercer otros cargos dentro de la Junta Directiva algunos señores que pertenecían á la misma, tuvieron que elegirse nuevos miembros, siendo en definitiva el siguiente el resultado del escrutinio.

Presidente: D. Alejandro Tornero de Martirena.
Vice-Presidente, D. Casimiro Comas Doménech.
Secretario, D. Alfredo Elías.
Vice-Secretario, D. Miguel Barella.
Contador-Administrador, D. José Estrada.
Bibliotecario-Archivero, D. Luis Marsans.
Vocal suplente 1.º, D. Camilo Vallés.
Vocal suplente 2.º, D. Manuel M.^a Moragas.

Y se levantó la sesión después de afectuosas frases de despedida que dirigió el Sr. Marsá á los señores Académicos, diciendo que tanto en la Presidencia, que había desempeñado hasta aquel momento, como fuera de ella, se encontraba siempre dispuesto en favor de la Academia Calasancia y sus señores socios.

El Secretario,
 ALFREDO ELÍAS.

Barcelona 13 de Octubre de 1895.



El domingo, 3 de Noviembre próximo á las 5 de la tarde, celebrará la Academia Calasancia solemne sesión pública, en el salón de actos de la Academia.

Los señores socios podrán pasar á recojer en Secretaría las invitaciones para dicho acto.

El Presidente,
 ALEJANDRO TORNERO DE MARTIRENA.

El Secretario,
 ALFREDO ELÍAS.

Barcelona 16 de Octubre de 1895.

CARTA DEL PAPA

Dirigida al cardenal Rampolla, secretario de Estado, con motivo de las fiestas del 20 de Septiembre.

«Señor cardenal:

La insólita manifestación política, cuyos últimos ecos repercuten todavía por las calles de la ciudad, Nos mueve á dirigiros algunas palabras, no tanto para calmar el ánimo contristado cuanto para señalar el alcance y tendencias de ese hecho por todos conceptos grave. Verdaderamente, por aquellas consideraciones de humanidad y decoro que se imponen aún á las almas que son presa de insanas pasiones, creíamos poder esperar algún miramiento, algún respeto para nuestro desconsuelo. No ha sido así; de modo que Nos hemos visto precisados á ser casi testigos de la apoteosis de la revolución italiana y de la consiguiente expoliación de la Santa Sede. Acostumbrados, por favor divino, al sufrimiento y al perdón, á un lado dejamos la ofensa

hecha á Nuestra persona, tanto más cuanto que, para calmar Nuestra amargura, acude en Nuestro auxilio todo el orbe católico, señalándose entre todas las naciones esta de Italia, que protesta con calor de sus sentimientos y Nos da testimonio de generoso y preciosimo afecto, lo que Nos conmueve y apena es la solemnidad de la ofensa, con la cual como que se quiere perpetuar un conflicto, del que nadie puede medir las calamitosas consecuencias. Grave es el hecho por sí mismo; más todavía por la publicidad y elogios que merece. Con glorificar del modo que se ha hecho el acto de 1870, se ha querido asegurar el fruto de la conquista y hacer entender á Italia y al mundo entero que el Pontífice debe resignarse á una cautividad sin esperanzas de redención.

No es esto todo. Se ha querido dar un paso más hacia un ideal completamente antireligioso. No es, no fué la ocupación de Roma el sólo coronamiento de la unidad italiana. No: ese acto de violencia, de que hay pocos ejemplos en la historia, tiende á un fin más tenebroso. Si se derribaron los muros de la ciudad civil, fué para mejor batir en brécha la ciudad sacerdotal, y conmermar la autoridad espiritual de los Papas comenzándose para arrebatárles el terreno en que esa autoridad se afirmaba. Quisieron aquellos que pusieron mano sobre Roma, transfigurar esta ciudad privilegiada, tornarla pagana: lo que en su jerga llamaron dar vida á una tercera Roma, desde donde irradiara como de un centro, una tercera civilización. Y en realidad se ha cumplido en parte ese funesto propósito. Cinco lustros hace que Roma mira dueños del campo á los adversarios de las instituciones y de las creencias cristianas. Difundidas las doctrinas más perniciosas; vilipendiados impunemente la persona y el ministerio del Vicario de Dios; contrapuesto al dogma católico el librepensamiento y á la Cátedra de San Pedro el rito masónico. ¿Y á esto se llama el triunfo de la causa italiana, y no el advenimiento de la apostasía?

Segura es la justicia de la final victoria, como Roma de la inmutabilidad de sus destinos. Pero entre tanto prevalece el mal y los dañosos intentos de aquellos que lo propagan. ¿Y qué ventajas reporta de ello la nación? La conquista de Roma fué presentada al pueblo italiano como promesa de prosperidad futura, como primer albor de salud. No hemos de discutir los bienes materiales que esa conquista ha reportado; hemos sí de hacer constar que con la conquista de Roma se ha dividido Italia, no unida. Es un hecho innegable que en ese lapso de tiempo han crecido al amparo de las leyes la cupidez y la inmoralidad, haciendo que perdieran fuerza las convicciones religiosas; han sido legión los prevaricadores de las leyes humanas y divinas y se han subvertido los fundamentos de las órdenes civiles y sociales.

Y en tanto que así aumentaban esos males, se hacía cruda guerra al divino instituto sobre el cual debe reposar la esperanza del mayor y más cumplido remedio. Queremos decir á la Silla, y particularmente á su cabeza visible al cual fué arrebatado á un tiempo el poder civil y la autonomía, no menos conveniente á la dignidad del Pontífice que necesaria á la dignidad del apostólico ministerio. Vanas son todas las argucias legislativas; ningún procedimiento jurídico podrá dar independencia plena y entera si falta la jurisdicción territorial. La independencia que dicen haber garantido no es la debida y la que precisa; no es independencia efectiva, sino efímera y aparente, como subordinada á la voluntad agena.

Esa independencia quien la otorga puede quitarla; hoy la reconocen y mañana podrán borrarla. Pero ninguna amenaza, ningún sofisma conseguirán hacer que calle la voz del deber. De cuál es, de cuál debe ser la independencia papal, puede colegirse recordando que el primer César cristiano trasladó á Bizancio la sede del Imperio. Desde aquel tiempo á nuestros días, nadie vió jamás disputar á los Papas la dominación de Roma. Así nació y vivió el Estado de la Silla, no por obra del fanatismo, sino por decreto de la Providencia, teniendo en sí los mejores títulos que pueden hacer legítima la posesión de un estado, es decir, el amor del pueblo beneficiado, el derecho de gentes, el asenso espontáneo del mundo civil, el sufragio de los siglos. Nunca, en mano de los Pontífices fué el cetro obstáculo al pastoral. Cetro empuñaban aquellos de Nuestros antecesores que son modelo de virtudes y suma de toda santidad. Esos mismos fueron llamados á resolver los más áridos litigios; opusieron victoriosamente á los poderosos iníquos el fortísimo pecho; salvaron para Italia en peligrosas circunstancias el tesoro de la fe y propagaron del orto al ocaso la luz de la cristiana civilización, los beneficios de la redención humana. Y si hoy, no obstante la condición penosa en que se encuentra, prosigue el Papado entre el respeto de las gentes su segura vía, no se debe á la pérdida de ese poder temporal, como quiere hacerse creer, sino á la asistencia de la gracia celeste, que no abandona jamás al sumo sacerdocio cristiano. ¿Fué obra de la persecución imperial el maravilloso incremento de la naciente Silla?

Estas cosas quisiéramos que fueran comprendidas por el pueblo italiano. No hablamos de aquellos que se apartaron de la recta vía por erróneas doctrinas ó por el légamo de las sectas, sino de los que, inmunes todavía de la mancha de este légamo, están cegados por la pasión política. Vean éstos cuan perniciosa es esa obra, que contrasta los verdaderos designios de la Providencia, y obstinarse en un designio que no aprovecha sino á una facción audacísima, y más aun á los enemigos del nombre cristiano. El haber sido electa entre mil para custodiar la sede apos-

tólica, fué privilegio singularísimo para nuestra península y cada página de su historia testifica cuánta copia de bienes y cuánta luz de gloria debe al Pontificado romano. ¿Habrá acaso mudado la indole de Este, ó debilitádose su eficacia? Cambian las cosas humanas; pero la benéfica virtud del magistrado de la Silla viene de lo alto y es por lo mismo inmutable, contando además con que, debiendo durar esa virtud por los siglos de los siglos, sigue amorosamente el camino que la humanidad va recorriendo y no se niega, como afirman sus detractores, á atemperarse en lo posible á las necesidades de los tiempos. Si prestando dócil oído los italianos á nuestra voz, recordando tradiciones antiguas, hallan en su ánimo valor para oponerse al yugo masónico, abriremos Nuestro espíritu á las más halagüeñas esperanzas para esta querida tierra italiana; pero si sucede lo contrario, Nos duele decirlo, sólo podremos presagir nuevos peligros y mayores males.

Con Nuestro particular afecto, os damos, señor cardenal, la bendición apostólica.

En el Vaticano, 8 Octubre de 1895.

LEÓN P. P. XIII

LA ENSEÑANZA OFICIAL Y EL EPISCOPADO

El decreto de la Sagrada Congregación del Índice, prohibiendo los tratados de Zoología y de Geología, que el Catedrático de esta Universidad, D. Odon de Buen, ponía en manos de sus discípulos, y las reclamaciones del Sr. Obispo de Barcelona, apoyado, en la Constitución del Estado, en el Concordato y la Ley de Instrucción pública, contra los mencionados libros de texto y contra las impías enseñanzas del nombrado Catedrático, han dado ocasión y pretexto para una serie de algaradas estudiantiles, qué han comprometido seriamente el orden público en la capital del Principado. Decretada la suspensión del Catedrático libre-pensador, durante el expediente que se le instruye en el Consejo de Instrucción Pública, levantóse tumultuosa protesta de los estudiantes libre-pensadores, que no sólo se declararon en huelga, sino que por medios violentos se opusieron á que los demás compañeros de estudios frecuentaran sus respectivas cátedras. Hiciéronse dueños de la Universidad los estudiantes amotinados, insultaron groseramente al respetable Sr. Rector, D. Julián Casaña, apedrearon el palacio episcopal profiriendo sacrílegas amenazas, y en todos los tonos y por todos los medios, en la Universidad, en la plaza, en el club, en la prensa, en el Gobierno Civil, en los Juzgados, por la mañana, por la tarde, por la noche, manifestaron su propósito decidido de mantener el

desorden en la Universidad, mientras no fuera Odon de Buen restituido á su Cátedra y rehabilitado para continuar sus impías explicaciones.

Esas alharacas estudiantiles hubieran carecido de importancia, á no agregarse á la protesta de los escolares todos los elementos de que el Republicanismo, el Socialismo, la Anarquía y la Francmasonería disponen en Barcelona y pueblos inmediatos. Abandonados á sí solos los estudiantes libre-pensadores, hubieran fracasado en su empeño desde un principio, ya que constituían una minoría insignificante y muy poco calificada, y con su proceder comprometían el buen nombre, la seriedad, la ortodoxia y hasta la buena educación de la clase escolar, que no sólo se mostraba apartada, sino adversaria decidida de esas manifestaciones revolucionarias. El Sr. Morayta, Gran Oriente de la Francmasonería española, vino á Barcelona para apoyar la actitud rebelde de los estudiantes *buenistas* con todos los medios de que las sectas disponen; los Diputados republicanos señores Lostau, Vallés y Ribot, Martí, Dávila y Junoy se presentaron como jefes y directores del motín escolar; y tales proporciones iba adquiriendo la que en un principio fué cuestión universitaria que llegó á ser considerada por el Gobierno mismo como gravísima cuestión de orden público. No pocos temieron que se iba á dar la batalla entre la Revolución y los Poderes constituidos.

Nunca creímos nosotros en una alteración seria del orden público, y menos en una intentona armada en favor de la República. Bien sabe la Masonería que hoy es impotente para derrumbar las instituciones fundamentales del Estado, y que la opinión pública anatematizaria en las presentes circunstancias cualquier movimiento que hiciera necesaria la intervención de la fuerza armada. No apoyó la protesta estudiantil porque entreviera la posibilidad de operar un cambio político. Extremó sus medios de acción en favor de los estudiantes revoltosos, porque vió desconocido en las esferas del Gobierno uno de los lemas predilectos del programa masónico, uno de los principios fundamentales de la Revolución cosmopolita, uno de los ideales más acariciados por el libre-pensamiento: la secularización de la enseñanza, la libertad oficial de la cátedra universitaria. Apesar de que, según la Constitución del Estado, debe la enseñanza oficial ser católica, lo cierto es que, en la práctica, gracias á la culpable tolerancia de los Gobiernos y á la poca delicadeza de ciertos catedráticos libre-pensadores, el régimen universitario correspondía á una hipótesis de libertad de cultos, puesto caso que cada uno de los Profesores se atenía en cátedra, y también en la asignación de textos; á su criterio privado. Esto constituía una de las conquistas más preciosas del Liberalismo moderno. Desde las cátedras universitarias se infiltraba el libre-pensamiento en las clases directoras de la sociedad. Los catedráticos incrédulos propalaban

impunemente la incredulidad entre la juventud estudiosa, preparando así la descristianización de la sociedad moderna. Esto era anticonstitucional, era contrario al derecho constituido; argüía en los Catedráticos libre-pensadores, que cobraban del Estado católico para trabajar contra los fines y contra las leyes del Estado católico, una falta de dignidad estúpida; pero se toleraba esa ingerencia del masonismo en la enseñanza oficial, por falta de virilidad, en los de arriba y en los de abajo, para oponerse á las corrientes del espíritu moderno. La llamada libertad de la cátedra, la ponderada independencia del Catedrático, la cacareada emisión libre del pensamiento, habían, al parecer, prescrito ya contra la Constitución del Estado, contra la Ley vigente de Instrucción Pública y contra el Concordato estipulado con la Santa Sede.

Así las cosas, la Sagrada Congregación del Índice prohíbe las obras que servían de texto en la clase del señor Odon de Buen, y León XIII sanciona con su autoridad suprema el juicio de la Congregación Romana; el Venerable Obispo de Barcelona reproduce la prohibición hecha por la Santa Sede, y manda, en cumplimiento de su deber apostólico, recoger las obras prohibidas, y más tarde reclama del Gobierno, apoyándose en la Constitución, en la Ley de Instrucción Pública y en el Concordato, que tales obras prohibidas sean excluidas de la lista de obras de texto; y el Gobierno, ateniéndose á las leyes vigentes, accede á lo solicitado por el Obispo de Barcelona, y suspendiendo al señor de Buen en sus funciones magisteriales, fórmale expediente para proceder según en derecho corresponda. La francmasonería comprendió que se le abocaba en su posición más ventajosa, porque el caso de Odon de Buen y de la Universidad de Barcelona envolvía á otros Catedráticos y á otras Universidades, y se propuso defender sus conquistas á todo trance. Como el señor Obispo de Barcelona, había reclamado contra las enseñanzas anticatólicas de Buen, podía reclamar contra las de otros Catedráticos que abusan también de su posición oficial; podía el señor Obispo de Madrid-Alcalá reclamar contra las enseñanzas impías de ciertos Catedráticos de la Central; podían otros señores Obispos hacer semejantes reclamaciones en sus respectivas Diócesis; y dando ahora el Gobierno la razón al Prelado de Barcelona, debía darla á su tiempo á los demás Prelados reclamantes, y quedaba entonces perdida la labor realizada por la francmasonería á vuelta de tantos esfuerzos, de tanta astucia, de tanta audacia y de tanto sacrificio. Y como el Gobierno era inatacable en el terreno de la legalidad, acudió al de la intimidación, echando á la calle, en son de protesta, todos los elementos que pudo manejar en Barcelona y sus alrededores. De aquí la persistencia en las manifestaciones llevadas á efecto en estos días; de aquí la ingerencia en la cuestión estudiantil de personas extrañas á los

estudios universitarios; de aquí el ir y venir de los Diputados republicanos y de los jefes de la Masonería; de aquí el concurso solicitado y apenas obtenido de las demás Universidades del Reino. La protesta ha durado y se ha pretendido universalizar, con el fin premeditado de influir en las altas regiones gubernamentales, haciendo saber allí que la libertad de la cátedra es *intangible*.

Al proceder de esa manera la francmasonería, indica asaz claro á los católicos el empeño que tiene en llegar á la completa realización de la cátedra universitaria. A su vez los católicos, si tienen conciencia plena de sus deberes, deben á todo trance, y á costa de todo sacrificio, defender la legalidad vigente en la materia, según la cual debe ser católica la enseñanza oficial de las Universidades y apoyada y secundada por el Gobierno la inspección de los Obispos.

E. LLANAS.

ESTUDIO CRÍTICO DEL QUIJOTE

(Continuación)

Por esta razón la comenzó desde el principio de la manía, y no desde el nacimiento de D. Quijote, á semejanza de Homero que según la discreta observación de Horacio, no empezó por la muerte de Meleagro para referir la vuelta de Diómedes, ni tampoco la guerra de Troya desde el nacimiento de Castor y Pólux.

La acción del Quijote tiene también las circunstancias de completa y proporcionada en su duración y por eso vemos nacer, crecer y acabarse la locura de D. Quijote.

Homero es alabado justamente por la sabia economía con que limitó la duración de la Iliada á solos 47 días resultando de esta corta duración la proporcionada magnitud de la fábula. El Quijote adornado con tanta diversidad de episodios y circunstancias agradables, tiene igual proporción en la magnitud de su fábula, cuya acción dura sólo 65 días.

He hablado de los episodios del Quijote y antes que se me olvide, estudiando las demás cualidades de la acción voy á decir algo acerca de ellos.

Si tuviera tiempo de hacer enumeración de los episodios del Quijote, ella manifestaría claramente el ingenio de Cervantes, la fecundidad de su imaginación y la puntualidad con que observó todas las reglas del arte. El que lea atentamente esta obra observará con una secreta admiración que lee mayor parte de sus episodios á más de ser deducidos naturalmente de la acción, y éstas enlazadas con ella, influyen también en su continuación y preparan diestramente los sucesos posteriores. No me dejará

mentir el escrutinio de la librería de D. Quijote, cuyo objeto es hacer crítica y juicio de los libros de caballería.

Este episodio tan estrechamente unido á la fábula, y tan divertido para los lectores por la revista que pasan ante ellos todas las historias caballerescas parece á primera vista contrario á la continuación de la fábula, porque con la quema, ó reclusión de estas historias y la ocultación del aposento que servía de librería, se le quitaba á D. Quijote la causa y principal fomento de su locura; pero en esto mismo es donde se mostró más la discreción de Cervantes.

Como para satisfacer á D. Quijote cuando buscan sus libros era forzoso darle una disculpa que le aquietase, y ninguna podía cuadrarle, sino tenía alusión con su manía, supusieron que un encantador se había llevado los libros y el aposento, y esta respuesta, que al parecer debía sosegarle y curarle poco á poco borrándole las ideas que no podía renovar con la lección, fué la que inflamó más su extravagancia y atizó el fuego de su locura. Pedencioso desde luego que respecto á que tenía un encantador por enemigo declarado era mi duda, yo tan famoso caballero andante como aquellos que se habían propuesto por modelos en cuyas historias representan el primer papel los encantadores, y de esto dedujo todas las consecuencias que podían confirmarle en su necia resolución, como lo manifestó después, atribuyendo las desgracias, que eran efectos de su locura, á la ojeriza de este sabio enemigo.

Aquí se ve claramente que la solución de este episodio sintió un efecto contrario al que se habían propuesto los autores de ella, y animó á D. Quijote para continuar su acción en vez de impedirse la.

Además los episodios del Quijote son muy agradables por la variedad respectiva con que divierten á los lectores, desviando la atención de la locura del héroe; pero lo son con mucha mayor particularidad aquéllos que tienen por objeto común el amor y manifiestan al lector por grados y sucesivamente todas las figuras y disfraces con que se apodera de nosotros esta posición tan propia de nuestra naturaleza y tan agradable y general en la flaqueza humana.

Si leemos con reflexión y conocimiento la obra tantas veces nombrada, veremos retratado el amor en todas sus posiciones y actitudes: el trágico é infeliz en el episodio de Crisóstomo, el precipitado y mudable en las historias de Cardenio y Dorotea, el ingenuo y pueril en el suceso de Clara, el falso y engañoso en el conocimiento de Leandro, el constante y resuelto en el lance de Quiteria y Basilio, el fingido y burlesco en la pasión de Altisidora y el ligero y poco decoroso en la ventura de la Dueña Rodríguez.

Estos episodios son excelentes por el discreto modo con

que muestran á los hombres todos los peligros de esta vehemente pasión.

La relación de los sucesos mueve nuestro corazón y la lección de Cervantes animada con ejemplos prácticos es permanente, agradable y provechosa.

Fáltame todavía hablar del interés de la acción y de todo lo que á él se refiere; de la verosimilitud del ridículo empleado por Cervantes, de la comparación de los episodios del Quijote con algunos de la Odisea é Iliada, del número de sucesos probables en que abunda la obra para terminar el examen de las cualidades de la acción del Quijote y pasar al estudio de los caracteres de los personajes, del mérito de la narración, propiedad del estilo, discreción y utilidad de su moral y examen del plan cronológico seguido por Cervantes en su obra para responder á continuación á algunas objeciones que se hacen al Quijote y poner de manifiesto al mismo tiempo varios de los descuidos encontrados en el mismo por los críticos más autorizados para que al fin y á la postre comprendamos la importancia de la tantas veces repetida obra.

Pero sobre necesitar todas estas cuestiones largo y detenido estudio, temo haber molestado demasiado vuestra atención por lo que me veo obligado á suplicar á la Presidencia se sirva concederme otro turno para el completo desarrollo de mi trabajo.

*
* *

Forzoso me será dejar mucho de lo que tenía preparado y avanzar un paso más en la tarea emprendida entrando en el estudio de la

PROPIEDAD DEL ESTILO DEL QUIJOTE

No hubiera podido conseguir Cervantes el fin que se proponía agradando á los lectores con su obra si no tuviese la narración un estilo correspondiente al objeto de la misma, de idéntica manera que una pintura de buen asunto y dibujo no gusta, ni complace á los inteligentes, si le falta el realce de la luz y la sombra y la última mano del pintor en el buen gusto y perfección del colorido.

El estilo del Quijote tiene á favor de su pureza y energía un número de aprobaciones igual al de los sabios que han hablado de él.

La respetable y unánime autoridad de éstos, se confirma—y este es para mí el mejor argumento y el suficiente para derrotar á quien pusiese en duda esta verdad,—en la facilidad y complacencia que encuentran en su lección hasta los hombres más ignorantes y rudos, que no comprenderían su sentido, si las voces fuesen extrañas é impropias, ni menos penetrarían el alma y las

gracias de sus pensamientos, á no tener extremada claridad y precisión.

Ninguno ha repetido jamás la lectura de un pasaje del Quijote para descifrar su sentido, sino para volver á gustar de nuevo la festividad y elegancia con que los expresó Cervantes: y si la pureza y la energía de su estilo tuvieran el auxilio de la rima y cadencia poética, se sabrían de memoria y se cantarían los trozos más escogidos de la obra, al modo que se practicaba en Grecia con los episodios de la Iliada y Odisea, según el testimonio de Eliano.

Esta general aprobación del estilo de Cervantes prueba también que es llano, natural y conveniente á la materia de su fábula, á la cual se adaptan admirablemente el lenguaje popular y las más sencillas expresiones de la prosa.

Nada da á conocer tanto el talento de un autor como el que su estilo se conserve siempre dentro de su esfera, sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad.

Los poetas faltos de ingenio y juicio suelen ser afectados y fríos, queriendo parecer sublimes, y la mayor parte de los que usan el estilo popular han equivocado la sencillez con la bajeza, y la templanza con la sequedad.

La Iliada es sublime sin hinchazón, noble sin afectación, y elevada sin obscuridad: El Quijote llano sin bajeza, sencillo sin debilidad y familiar con decoro. Ambas obras conservan la conveniencia de su estilo con una igualdad y temperamento muy difícil y reservado á los ingenios de primer orden.

Si esta dificultad se hubiera de graduar por la apariencia, parecería que el mérito y la ventaja estaban de parte del estilo sublime, y que el familiar tiene tanta facilidad cuando se imita, como cuando se lee; pero los jueces más respetables de la elocuencia, Cicerón, Homero y Quintiliano confiesan que la facilidad de este estilo es aparente y que en la práctica suda y trabaja muchas veces en vano el que se determina á imitarle.

Y en verdad. La grandeza misma de los objetos, la nobleza de las figuras y metáforas, y el artificio de la locución épica arrebatan la atención de los lectores de tal manera, que no les permiten pararse en las menudencias, ni divisar los defectos; más en el estilo llano, no hay falta por pequeña que sea, que no se note ni descuido que no se advierta; y el continuo esfuerzo indispensable para evitarlos no es menos difícil que el conato que supone el estilo elevado y sublime.

Los modos de hablar triviales y bajos desfiguran más á este estilo, que al popular; pero la naturaleza de su asunto desvía por sí misma al autor de la ocasión de emplearlos... El Quijote abunda en objetos muy familiares y la exactitud con que Cervantes

los pinta sin envilecerlos ni confundirlos, es digno de aprecio y de singular estudio.

Los antiguos, que escribieron en lenguas ya muertas para nosotros, tienen en este punto una ventaja que no alcanza á los modernos. Si hubiese en la Iliada frases envilecidas con el uso popular ó expresiones bajas, no chocarian ahora á los críticos más delicados, como hubiera sucedido entonces á los griegos que las oían todos los días en la conversación y en el trato civil.

Los escritos en lenguas vivas están sujetos á la censura del vulgo, y no pueden tener siquiera una voz impropia, ó muy trivial, que no la note al punto la mayor parte de los lectores.

Pero hasta ahora no se ha encontrado en el Quijote término ni comprensión que no sea noble y decorosa, sin embargo de que su estilo ha sido examinado á la luz de distintos siglos y juzgado por oídos sabios, circunspectos é inteligentes.

Este mérito crece y aumenta, si se considera el estado de la lengua castellana en los tiempos en que se escribió.

El autor del *Diálogo de las lenguas*, el Maestro Francisco Medina, Fernando de Herrera y Ambrosio de Morales que florecieron por entonces, se quejan amargamente del abandono y descuido con que los españoles miraban su lengua, la cual llegó á envilecerse y abatirse de tal modo, que nadie se determinaba á valerse de ella en asuntos capaces de mejorarla y perfeccionarla.

No se escribían por lo común en castellano sino vanos amores ó fábulas vanas; nadie osaba encomendarle cosas más nobles, temiendo oscurecer la obra con la bajeza del lenguaje; de lo que resultaba que no había libros, cuyo estilo fuese texto de la lengua y cuya lectura é imitación sirviese de regla para decir correcta y elegantemente. A esta sazón principió á escribir Cervantes, y á mejorarse nuestra lengua, hasta llegar á lo último de su perfección.

España admirada y orgullosa vió en el Quijote una repentina y súbita transformación: la vanidad cambiaba por la solidez, la bajeza con el decoro, el desaliño con la compostura y la sequedad; dureza y grosería del estilo por la elegancia, blandura y amenidad.

Cierto es que á esta mutación habían contribuido otros autores amantes de su lengua; pero también es verdad que la naturaleza dotó á Cervantes con las particulares perfecciones de todos.

La gravedad de Luis de Granada, la dulzura de Garcilaso, la pureza de Luis de León, la educación de Fernán Pérez de Oliva y la sencillez de Hernando del Pulgar están enlazadas en el Quijote y unidas á la gracia propia de su asunto que es tan inimitable en lo jocosos como Homero en lo sublime.

Hay dos géneros de jocosidad: uno servil, chocante, torpe é indecoroso: otro elegante, urbano, ingenioso y festivo. Aquél en sentir de Cicerón es indigno de los hombres, y éste propio sola-

mente de los discretos que saben usarlo en tiempo y con oportunidad. Cervantes sazonó su obra con todas las gracias de esta última clase, sin desdorarla ni una vez siquiera con bufonadas ni chocarrerías de mal género.

Las jocosidades á propósito para movernos á risa son, según Quintiliano, las que proceden de la persona propia, de la ajena ó de los objetos intermediarios.

Me explicaré. Cuando uno dice advertidamente algún disparate ó despropósito, cuando pinta los defectos ajenos con viveza é ironía, cuando introduce un personaje ridículo para que represente el principal papel, un simple que habla á bulto de lo que no entiende, ó un indiscreto que descubre frescamente y sin embozo lo que debía ocultar; entonces se excita la risa de los oyentes por medio de las personas ajenas ó de la propia.

Todas estas gracias se encuentran á cada paso en Cervantes. Las sencilleces y malicias de Sancho, la herocidad ridícula de D. Quijote, el disimulo burlador de los personajes que siguen ó incitan su locura, son unos ejemplos tan visibles y frecuentes que no necesitan individualizarse.

Los dichos y respuestas inopinadas, que nacen de ignorancia ó disimulo, las ponderaciones irónicas, las frases burlescas, los juegos de palabras, los equívocos y los modos de hablar familiares, son jocosidades de los objetos intermedios. Todas ellas son común en el Quijote y agracian su locución, porque Cervantes supo emplearlas sabia y comedidamente.

Sin embargo de la fecundidad de nuestra lengua y del ensanche que le permitía su asunto, rara vez se vale de equívocos ó juega con las voces, y cuando lo hace, es con una propiedad y discreción que falta á muchos de nuestros escritores y poetas, cuyo principal ingenio consiste en fijarse en puerilidades indignas del estilo serio, é insufribles siempre que se usan sin juicio y sin moderación.

Los modos de hablar familiares son tan castizos en nuestra lengua, que en ellos se conserva su primitiva pureza. La continuación y frecuencia con que vulgarmente se repiten les ha dado el nombre de refranes, y su abundancia es tanta, que sería preciso hacer una larga digresión, si se hubiesen de nombrar las varias colecciones impresas y manuscritas desde Lñigo López de Mendoza hasta Fray Luis de Granada, las cuales ha procurado compilar el discreto y sabio D. Juan de Iriarte.

La gracia que dan estos refranes al estilo jocoso cuando se usan con oportunidad, y observando el decoro de las personas, está bien manifesta en la Celestina, Florinea, Eufrosina y Selvogia, cuyo ejemplo siguió Miguel de Cervantes con el mismo esmero, con que evitó la imitación de los equivoquistas.

En ninguna obra están los refranes mejor aplicados que en el Quijote, y ellos son los que llenan de pureza, gracejo y natura-

lidad los discursos de Sancho, por la propiedad con que los encadena algunas veces, por el despropósito con que los amontona otras y por la conveniencia que tienen siempre con su carácter.

Valiéndose de él, usó Cervantes otro medio muy propio del estilo jocoso, introduciendo en los razonamientos de Sancho, del cabecero Pedro y de otros personajes algunos vocablos corrompidos y desfigurados, que mueven á risa por la sencillez con que los dicen, y por el tesón con que D. Quijote se empeña en reprehenderlos y enmendarlos.

También el arcaísmo ó uso de voces anticuadas, conviene al estilo jocoso, porque divierte con la imitación del lenguaje antiguo y desusado.

Cervantes tenía particular gusto y conocimiento para remedarle, y en nada se conoce más la destreza con que manejaba nuestra lengua, que en la facilidad con que se acomoda á toda especie de locuciones, usando de cada una como si ella sola hubiera sido el objeto de su estudio y aplicación.

Una de las pruebas más auténticas de esta destreza, del desenfado con que ridiculizó las ideas caballerescas y de la aceptación de su obra, es la de haber enriquecido la lengua con voces nuevas.

Los nombres de *D. Quijote*, *Sancho Panza*, *Pedro Recio*, *Martines* y *Rocinante*, formados en la imaginación de Cervantes, son ya voces peculiares de nuestra lengua, que significan un *desfacedor de entuertos*, un *hablador simple*, un *Doctor impertinente*, una *mujer tosca y zafia* y un *caballo flaco*.

Además de éstas se han deducido del nombre de D. Quijote, otras voces igualmente significativas, como *quijotada*, *quijotería* y *quijotesco*. Su inventor tuvo el mérito de introducirlas junto con la complacencia de verlas admitidas en la lengua castellana.

En ella pueden usarse también muchos proverbios sacados del Quijote. No habría modo más festivo y donoso para corregir á los que interrumpen á cada paso sus discursos con digresiones importunas, como decirles que *volviesen presto de Tembleque*, al modo que lo dijo el religioso de casa del Duque á Sancho.

El mayor honor que puede tener una obra en opinión de Fontenelle es que se saquen proverbios de ella. Si muchas de las ocurrencias de Cervantes no logran esta honra, es por culpa de los que no han tenido discernimiento para encontrarlas.

Y en cuanto al estilo de aquellas hermosas descripciones que abundan en el Quijote, nada he de deciros yo; todos, sin duda alguna, habréis saboreado manjar tan apetitoso y de seguro habréis repetido gustosísimos y con gana, contemplando con deleite aquel estilo, muestra elocuente del talento de su autor, que semeja á un río claro y cristalino cuya fresca y mansa corriente

está convidando á gozar de la amenidad de sus riberas y de la pureza de sus aguas.

De lo dicho se desprende que el Quijote es la obra más á propósito para conocer la perfección de nuestra lengua y la elocuencia de Cervantes; y si no temiera molestar vuestra atención con la aridez de este estudio, aun os convencería más de ello, haciendo una enumeración individual de las virtudes, adornos y variedad de su estilo, presentándoos aquí todas las figuras de pensamiento y dicción vestidas con aquella gala y bizarría que tienen cuando salen voluntariamente del regazo de su elocuencia, sin que se los arranque por fuerza de los senos de la Retórica; y descubriéndolos, en fin, la majestad con que se eleva en algunos lugares, la sencillez con que se acomoda á otro y la nativa grana con que todos los hermosea.

Pero basta lo dicho anteriormente para probar que la propiedad del estilo del Quijote unida á la invención y disposición de la obra, forman un todo uniforme, variado, que excita la curiosidad hasta ponerle en ocasión de aprovecharse con utilidad de su moral.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

(Continuará.)

CUADRO

Se amotina la canalla,
formando imponente valla
que adelanta sin cesar;
sin compasión avasalla
cuanto encuentra en el lugar.

Todo impone en derredor.
Temerosos del furor
de aquel montón de almas muertas,
cierran ventanas y puertas,
los vecinos de Skroffmor.

«¡Sangre, sí!» la turba grita,
«¡muera la raza maldita
que el padre Adán engendró!»
Por que esté la tierra ahita,
me he de matar también yo.

¿Pelear? ¿y que es la guerra?
¿Tranquilidad? ¿Y eso que es?
¿Libertad, ley, honra y fez?...

«¡Primero rasa la tierra!
¡Ya lo veremos después!»

Luego silencio profundo.
Un cura que á un moribundo
le lleva el Dios de Israel,
en medio del grupo aquel
se abre calle en un segundo.

Tan momentánea visión,
despierta honda sensación:
alza entre aquel laberinto
de salvajes, su pendón
del bien el innato instinto:

Llenos de extraño fervor,
miran todos con temor
al cura, que un rezo empieza,
¡y hay quien baja la cabeza
encendido de rubor!...

ALFREDO ELÍAS.

ALGO DE HISTORIA

Tuve una vez necesidad, estando en la villa y corte, de hacer una visita á un Administrador de un título de Castilla, con quien sostenía cierta pendencia de derechos de importancia, un propietario de mi tierra, por no sé cuales que ambos pretendían poseer en un monte yermo, colindante confincas de los dos, enclavadas en tierra aragonesa.

Me personé una mañana en el ante-despacho de aquel Administrador, y eran once los conferenciantes que antes que pudiera yo solventar mi cometido en aquel sitio, debían visitar al personaje de casa y boca del Marqués de P... Estábamos en una habitación muy grande, cuyas paredes las revestían anchurosas estanterías llenas de libros de todas calañas y de distintas edades. Casi adosadas á las estanterías había varios asientos de diferentes formas en los que aguardábamos pacientemente todos los que allí nos congregaba uno ú otro cometido.

Un criado que vestía librea y pantalón azul y chaleco de terciopelo á rayas amarillas y blancas, sentado junto á la mampara del despacho, señalaba mudamente á la persona que debía pasar á la secreta conferencia con el apoderado general del Marqués de P...

El número de mis antecesores en aquel lugar se había reducido á siete cuando un movimiento instintivo hizome volver la cara hacia la estantería, parándose mi vista ante un libro con tapas de pergamino; amarillento de color, gracias al tiempo, y en cuyo canto se leía: «Secretos históricos». Tomé el libro, cuyas hojas estaban algún tanto carcomidas, y en ninguna de ellas había vestigios siquiera, de haberse conocido el invento de Guttemberg. Lo ojeé á la ligera y de entre muchos de los que allí había, tomé los siguientes apuntes:

«Cuando todos los cruzados entraron en Jerusalén, dice la historia que no quedó fuera ninguno.»

Otro.

«En un pergamino encontrado el año 843 de nuestra era en las inmediaciones de la antigua Cartago, se lee, que cuando Anibal perdió un ojo, dejó de ver las cosas con los dos.»

Más.

«Cuando no duerme el Gran Mogol, dicen los historiadores de aquel país que está despierto.»

Seguían una porción más y entre ellos estaba este:

«Cuenta un escritor de Roma que Flavio Josefo escribió sus obras con la pluma y tinta que se usaba en aquel tiempo.»

Pasé una porción de folios y en uno de ellos leí:

«Después de muchas disputas y disquisiciones, han conveni-

do los genoveses, que antes de nacer Cristóbal Colón no conocían las Américas.»

Más adelante y con la llamada «para la historia de la Corte» se leía:

«Según curiosas investigaciones hechas en los archivos desconocidos de las cuevas de Cantabria, resulta, que la fundación de Madrid es posterior á la creación del mundo.»

Aquí llegaba cuando el criado del Marqués de P... me avisó de que podía pasar ante el señor Administrador.

Terminé con aquel señor mi conferencia, no sin antes confesarme reo del delito de escudriñador literario que acababa de cometer, y me replicó.

—Pues debe usted conservar estos apuntes porque es el único ejemplar de esa clase de *secretos históricos* que existe en el mundo.

Y yo, cumplo fielmente el encargo.

JOSÉ BARÓN FORTACÍN

DEDICATORIA

SR. D. ALEJANDRO TORNERO DE MARTIRENA

Aunque mi cantar primero
No es tal vez hermoso y rico
Con placer te lo dedico
Querido amigo Tornero:
De tu fantasía espero,
Pues me consta que se exalta
Hasta escalar el alta
Cumbre del Parnaso hispano,
Que la pluma de tu mano
Suplirá lo que le falta.

I

ODA Á BARCELONA

Al recorrer las páginas de tu brillante historia
En todas te contemplo ceñida de laurel,
En todas cada letra encierra una victoria
Debida gran Barcino á tu espada y tu broquel.
Los timbres honoríficos de tu dorada infancia
En tu niñez tomaron más bella pulcritud,
Y ahora que eres émula de la París de Francia
Adornan con más brillo tu hermosa juventud.
Adulto y joven eres con noble parentesco
Adulto, pues se cuentan los días de tu ser,

Desde el remoto siglo que Alcides gigantesco
Te dió con la existencia su gloria y su poder.

Al ver que reflejabas su efígie verdadera
Miró á sus otras hijas cual cosa baladí
Diciendo noblemente «Barcino mi heredera
Serás que también eres la más igual á mí.»

Un Cíclope parece debajo cuyo amparo
Estás cuando no brilla del día el luminar,
Sus párpados entonces él abre y sale el faro
Que alumbra rutilante la alfombra de tu mar.

La llama de su genio doró después tu frente,
El germen de cultura cerró dentro tu cor,
Y viéndote perfecta te dijo sonriente:
«Feliz Barcino, que eres mi digno sucesor.»

—El germen colocado en tu fecundo seno
Más rápido extiende sus tallos que la vid
Por respirar el aire de tu ánimo sereno
Y darle los ardores tu pecho de adalid.

Así luego subyugas los pueblos comarcanos,
Tus escuadrones crecen cual tu condal ciudad
Y cetros y coronas colocan en las manos
De tus invictos Condes de regia potestad.

El título modesto de Conde nunca dejan
Por más que les ofrecen el título de rey,
Por más que sus dominios se ensanchan y se alejan,
Por más que los imperios sujetan á su ley.

Tus Condes en Atenas brillaron como soles,
Tus Condes empuñaron el cetro de Aragón
De do por fin salieron los reyes españoles,
Cuyos dominios vieron el Sud y el Aquilón.

De los *Usatjes* dieron el código famoso
Con tan brillantes páginas con tanta exactitud,
Que á Berenguer tu Conde miraron cual coloso
Los pueblos de Levante, Poniente, Norte y Sud.

Tus Condes decoraron con fúlgidos palacios
Tus plazas y tus calles trocándole en Edén,
De cruces cupulinas poblaron los espacios
Que un ósculo materno imprimen en tu sien.

El azulado cielo te dieron por corona
Ya que tu planta hollaba el azulado mar,
Con hojas te ciñieron, oh bella Barcelona,
Con hojas de palmera y cándido azahar.

Sus bélicas estatuas más tarde das al viento,
Que tu progreso artístico no sufre interrupción
En alta voz lo dice el grandioso monumento
Que poco tiempo ha, alzaste al inmortal Colón.

Tus elevadas torres parecen de Briarco
Los brazos, con que exhala del cielo el claro tul
Que forma un toldo al verte, más que ciudad, museo
Cuyos primores ricos refleja el mar azul.

Las cúpulas coronan tus bellos edificios
De mármol de Carrara y granito de Montseny,

Dibujos condecoran sus altos frontispicios
Con el cincel labrados del catalán Campeny.

Estatuas por doquiera, columnas y obeliscos,
Y lápidas de mármol y techos de cristal
Y artesonados cubos y pórticos moriscos
Y escalinatas, plintos y cruces de coral.

Los griegos y romanos, los árabes y godos,
El celta diligente é ibero emprendedor,
Egipcios y fenicios, en fin, los pueblos todos
Dejáronte un recuerdo en prenda de su amor.

—Tu gloria no consiente que la progeñie humana
Con un ligero soplo se atreva á mancillar,
El vulgo lo apellida *venganza catalana*
Cuando más bien justicia debiéralo llamar.

Tu viste la primera veloz locomotora
Que nuestro hispano suelo cruzó con rapidez,
Tu vista la primera espada vencedora,
Que abatió en Lepanto del Turco la altivez.

Preñado al ver la imprenta de empresas colosales
Tu mente pensadora rival del alemán
La adquieres la primera y á nuestras capitales
Tomad ejemplo, dices, del númen catalán.

Su bélica fortuna se dió Amilcar Barca,
El sabio de este siglo su genio pensador,
Sus notas melodiosas la lira del Petrarca,
Su nuevo Continente el intrépido Colón.

Para que no pudiesen robarte tal tesoro
Por égida invencible de Jove te cedó
El monte inexpugnable, donde en sagrado coro
Los dioses le dan cuenta del cargo que les fió.

—Los vates más sublimes al ver que eres emporio
De la literatura que fué tu lambrequín
Afluyen á porfía á tu noble Consistorio
Para templar tu lira de alado Serafín.

Aquí su laud templaron los Ausias y Cabriére
Y Jaime Roig y Jordi y Vidal de Besalú
Y Fenollar y... todos quién leerlos pretendiere
Recuerde que no basta la pluma de Cantú.

Armados de su lira los gayos trovadores
Recorren las orillas del fresco Llobregat,
A su sonido inclinan sus pétalos las flores
Al par que lo repite el regio Montserrat.

El genio de lo bello sobre tu frente bate
Las alas que le diera su mágico poder
Para encender la mente del laletano vate
Del Píndaro moderno Jacinto Verdagner.

De las risueñas ninfas que en tu ambiente flotan
Tomaron el lenguaje Capmany y Coll y Vehí:
De los afectos puros que de su pecho brotan
Su sana teología Tomás Rocabertí.

De intrépidos varones de espíritu guerrero,
De artistas animados de númen celestial,

De sabios y de santos fecundo semillero
En todas las etapas has sido sin rival.

Obispos cual Severo tuviste y Olegario,
Doctores cual Paciano y Ramón de Peñafort,
Presbíteros cual Balmes y Félix y Ripuario,
Y artistas cual los célebres Fortany y Rocafort.

De Bails, Ferrer, Sabunde, Boscan y Juan Arolas,
De cuantos habitaron tu seno maternal
Fecunda madre eres, oh perla de las olas,
De algunos adoptiva de muchos natural.

—Tus epopeyas cantan la fama con su trompa,
Acostumbrada siempre sus notas á escuchar
Que suenan melodiosas con majestad y pompa
¿Podrás mi discordante concierto tolerar?

Jamás, jamás mi audacia llegara hasta tal punto
Si no me hubiera dicho la musa suya es
Mi lira «Si su gracia imploras un asunto
Debes cantar que excite vivísimo interés.

Conozco que profano las múltiples coronas,
Que ciñen tu cabeza si templo mi laud
Pero yo se Barcino que humilde me perdenas,
Si ves que en ello cumplo deber de gratitud.

Y á mi deber sagrado me obliga á celebrarte
Desde el feliz momento ansiado con afán
Que vi tu invicta mano ondeando el estandarte
De las grandezas patrias del pueblo catalán.

JAVIER SANTA EUGENIA CIVIT.

Barcelona y Octubre 1895.

EL MISIONERO

I

Al final de la calle de San Andrés de las Artes, en París, había en 1724 una casa de cuatro pisos y muy modesta en su apariencia. Ocupaba el piso inferior la tienda de una frutera, y sus banastas llenas de legumbres embarazaban la entrada, de modo que dejaban muy poco lugar para que pasasen los demás vecinos, y cerraban casi enteramente un corredor estrecho que era la sola entrada que había para penetrar en lo interior.

Pero este inconveniente no era muy grave, porque casi todos los inquilinos de la casa salían por la mañana y no volvían hasta la noche. La mayor parte eran estudiantes que seguían sus cursos de medicina y derecho, ó bien iban á un café á sentarse y conversar con sus camaradas y gobernar el reino, sirviendo de texto á sus comentarios dos ó tres periódicos que se publicaban entonces y entre los cuales tenía un lugar muy distinguido el

Diario de Bouillon. Un mancebo de librero, un empleado en el ministerio de Hacienda y un pintor completaban la población de la casa y así la mayor parte de las ventanas que daban á la calle estaban casi siempre cerradas, excepto una del cuarto piso que pertenecía al aposento del pintor.

Todos los días, á las ocho de la mañana, después que el pintor salía á la calle, se habría aquella ventana, y se veía por ella varias veces una mujer joven, en corpiño y con los brazos desnudos, ocupada en los afanes domésticos: sacudía la alfombra y regaba tres ó cuatro rosales que hacían una cortina de verdura y flores en el balcón. Cerrábase la ventana; á la media hora volvía á abrirse y permitía ver la joven, pero sentada ya, peinada con elegante sencillez y vestida de un trajecillo que daba realce á las formas graciosas de su talle.

Hasta las cinco de la tarde trabajaba con suma aplicación en la costura, sin que le llamase la atención el numeroso gentío que pasaba por la calle. Solo levantaba algunas veces la cabeza para respirar el perfume de una rosa; otras se olvidaba de sacar la aguja, embelesada sin duda con algún pensamiento bueno y agradable, porque en su rostro juvenil brillaba una emoción de alegría al mismo tiempo que corrían lágrimas de sus ojos. Pero apenas sonaban las cinco en el reloj de alabastro, que ostentaba sus cuatro columnitas sobre la chimenea de aquel pequeño cuarto, la mujer recogía su trabajo quitaba de la ventana dos ó tres tiestos de flores para apoyarse mejor en ella y se ponía á mirar á la calle procurando distinguir á lo lejos entre los que pasaban al que esperaba con muestras de impaciencia. Repentinamente ondeaba alegremente su pañuelo haciendo señas con él, á las cuales correspondía inmediatamente un joven de extraordinaria hermosura y que andaba á paso muy largo. Algunos momentos después subía el joven casi corriendo la escalera, llegaba al fin de los cuatro pisos donde le esperaba su linda esposa, pues tal era la joven que con tales muestras de paciencia le esperaba. Después entraban los dos en el cuarto y se sentaban á un bufetillo de nogal, donde tenían ya su poco espléndida comida. Mitigada el hambre, reclamaba el buen humor sus derechos; los chistes alegres se confundían con las palabras de ternura; los felices esposos pasaban de la risa á las expansiones afectuosas; de las chanzas á los proyectos de felicidad futura. Si el tiempo era bueno, bajaban juntos é iban á Luxemburgo á pasear dos ó tres horas, pero si llovía, el joven leía en alta voz mientras bordaba su mujer, y así abreviaban el tiempo hasta las nueve, hora en que se cerraban herméticamente las ventanas del cuarto, y no volvía á verse ninguna luz por los huecos de las persianas.

Dos años había que pasaban esta vida de trabajo, de contento y de felicidad comprada con muchas agitaciones y pesares; pues el padre de *Francisco Boucher* se opuso al principio al casa-

miento de su hijo con una joven pobre; y solo á fuerza de perseverancia, ruegos y lágrimas se pudo alcanzar su consentimiento, del cual dependía la suerte de ambos. En fin, el padre cedió y la felicidad de los amantes llegó á su colmo. Parecía que la fortuna quería indemnizarlos de todos los sinsabores que habían sufrido: *Francisco* tenía más trabajo en su profesión y empezaba á gozar de cierta celebridad que llegó hasta Luis XV, y este monarca mandó comprar uno de los cuadros de nuestro pintor. El día que recibió *Francisco* tan agradable noticia, fué señalado con una felicidad todavía mayor. Un niño, fruto de tan feliz matrimonio, y que contaba ya trece meses, volvía de casa de la nodriza para no salir más del lado de sus padres. Y ahora ¿qué dicha faltará á Luisa entre su marido y su hijo? ¿Qué tiene que desear siendo la más feliz de las esposas y de las madres?

El reloj dió las cinco y Luisa se levantó con prontitud; pero sin interrumpir enteramente los pensamientos de felicidad que halagaban su fantasía, acechaba desde su ventana la vuelta de su marido. En fin, después de algunos minutos, le divisó á lo lejos, y cuando llegó más cerca, un doloroso presentimiento dissipó todo su contento, porque *Boucher* no andaba con la alegre rapidez que acostumbraba al volver al lado de su esposa. Su paso era lento, y venía apoyado en un bastón. Al llegar á la meseta de la escalera hubiera caído á no sostenerle *Luisa*, la cual empezó á temblar apenas vió la palidez que cubría el rostro desfigurado de *Francisco*.

¿Qué tienes? le preguntó:

—No sé, *Luisa*: tiemblo de frío en todo el cuerpo; y siento oprimido el pecho. No puedo respirar; abre esa otra ventana para que me dé el aire; tengo la cabeza encendida... Me he puesto á trabajar y el pincel se me caía de las manos, y no podía con la tabla: además, se me oscureció la vista, y al ponerme en pie se me doblaban las rodillas... ¿Dónde vas tú?

—A buscar un médico, amigo mío. El nuestro vive cerca y volverá pronto.—Y ya estaba bajando de cuatro en cuatro los escalones. Cuando volvió con el doctor estaba *Francisco* sin conocimiento caído en medio del cuarto: y el médico tuvo que ayudar á la joven, desecha en lágrimas, para llevar al enfermo á la cama.

Cuando después de mucho tiempo y continuos remedios recobró *Francisco* sus sentidos, le preguntó el médico los síntomas de la enfermedad, y no pudo menos de manifestarse afectado al oírlos.

—Está de peligro? preguntó *Luisa* desconsolada al notar en el rostro del doctor la triste impresión que le había causado la enfermedad de su marido.

—De peligro no: á lo menos así lo espero: es menester ánimo

y perseverancia, señora. Yo volveré mañana temprano; entre tanto estos son los remedios que debeis hacerle.

Luisa se quedó sola al lado de su marido que empezaba ya á delirar con la calentura. Mucho sufre un enfermo en esta situación, cuando mil visiones atormentan sus nervios y su espíritu: pero es incomparablemente más espantoso todavía pasar toda una noche junto á una persona querida oyendo los gritos y gemidos que le arrancan sus padecimientos. La obscuridad muda de la noche aumenta el horror y la tristeza. ¿Qué no se daría entonces por escuchar una voz humana ó el ruido de un ser animado? Mas nada se oye sino el bramido del viento, semejante á la queja de un alma que padece: sino las palabras interrumpidas del enfermo, que mira sin conocer, y que solo responde con gemidos siniestros á las preguntas tímidas que se le hacen. La noche se prolonga con execrable lentitud, y queríamos abreviarla á costa de nuestros días. ¡Cuánto sufriría la infeliz esposa, sola junto á su marido, y temiendo que el alba la hallase al lado de un cadáver! ¿Puede ella conocer si el pobre aliento que se escapa del pecho del enfermo es el extor de la agonía? ¡La agonía! ¡Dios mío, que será de mí si me sucede tal desgracia! *Francisco, Francisco*; óyeme, por Dios que no me mires así: respóndeme: yo soy *Luisa*, soy tu esposa; ¡*Francisco*! ¡ya no me conoce ni oye mi voz, ni responde á mis palabras estrechando mi mano.

En fin, los primeros rayos del alba penetraron en el aposento por los huecos de las persianas: al silencio letal de la noche sucedió el ruido y el movimiento del día. El médico fiel á su promesa, llegó á las seis de la mañana, y por más acostumbrado que estuviese á mirar con indiferencia los padecimientos, se enterneció al ver la palidez de *Luisa* y la funesta impresión que le había causado aquella noche de desvelo y tormento.

—Señora, dijo después de haber examinado la situación del enfermo, tranquilizaos: ya veo que la noche ha sido terrible, pero creo que no tendreis que pasar otras como ella. Vuestro marido está mejor, y tomaremos precauciones para que no se repita el delirio. No os fatigueis demasiado ni gasteis inútilmente vuestras fuerzas en los primeros días de una enfermedad que amenaza ser larga. Cuidaos, pues, para no abandonarle antes de la convalecencia.

Diciendo esto, tomó el anciano doctor la mano de la joven, la estrechó con interés, y se retiró dejándola de nuevo sola.

El enfermo se había dormido y descansaba en silencio. Entonces *Luisa* agobiada por el cansancio y el dolor, consiguió prorrumpir en lágrimas que aliviaron su pecho del peso que le oprimía. Un pensamiento dulce reanimó poco á poco su espíritu, como el rayo del sol que atraviesa furtivamente por entre las oscuras nubes de la tempestad: «su hijo» ¡Pobre niño! Su entrada en la casa paterna se verificaba bajo auspicios muy melancó-

licos. ¿Pero qué importa? está junto á su madre que puede abrazarle cuando se sienta muy afligida. Además *Francisco* se consolará con verle. Un padre aun delirando no puede ser insensible á la voz de su hijo. Aunque le volviese el delirio que tanto me aterraba, decía, yo tomaré á mi *Carlitos*, le pondré entre sus brazos, y estoy segura de que el delirio se disipará.

II

¡Ay! la triste noche anterior fué la primera de las gotas que los verdugos rusos dejaban caer una á una sobre el cráneo de un reo de muerte. La indigencia aumentaba á cada instante las necesidades y tormentos de la desgraciada *Luisa*; ¡la indigencia! la indigencia que cubre y oscurece las almas produciendo en ellas cierta especie de delirio.

Ya había pasado *Francisco* tres semanas de enfermedad. *Luisa* encerrada en su cocina, procuraba en vano acallar los gritos de su hijo, que padecía la calentura de la dentición.

—Calla, le decía; tus gritos van á despertar á tu padre que no ha dormido en toda la noche y está tan enfermo y débil. Calla, hijo mío.

Le mecía, le calentaba con su aliento, le estrechaba contra su pecho, le cerraba la boca con sus besos, pero el pobre niño, ya desconsolado con el dolor, daba vuelcos en los brazos de su madre llorando y quejándose sin poderle scsegar ni aun la vista del alimento que le presentaba *Luisa*. Volvía el rostro, rechazaba con sus dos manitas la cuchara y por sus mejillas encendidas bajaban abundantes lágrimas.

Luisa, sin consuelo y desesperada; sintió agotadas las fuerzas de su ánimo, y empezó á llorar amargamente.

—¡Dios mío, exclamó: Dios mío, tened piedad de mí! ¿Qué será de esta infeliz sin vuestro auxilio?... Pocos momentos después añadió: ¡Gracias os doy, Señor, que habeis oído mi ruego: mi niño se ha dormido!

En efecto: *Carlitos* había dejado caer la cabeza en el seno de su madre, y descansaba en aquel sueño agitado que á veces suspende los tormentos de la débil infancia en medio de las acciones más violentas. *Luisa* no se atrevía á hacer el menor movimiento, ni á respirar libremente: hubiera querido detener hasta las palpitaciones de su corazón.

Pero el infortunio no suelta fácilmente sus víctimas. Si los gritos de su hijo, si las quejas de su marido no atormentan ya el corazón de *Luisa*, la idea de la indigencia se apodera de su imaginación: porque sus recursos se han acabado. Ha vendido para las medicinas de su marido y el alimento de su hijo todos los muebles, toda la ropa blanca. Ella y *Francisco*, hartos felices para tener previsión, vivían antes cada día como las aves del

cielo, sin pensar en el de mañana. ¡Cuánto ha expiado *Luisa* este fatal descuido cuando ha tenido que malbaratarlo todo, y vender sus propios muebles furtivamente como si cometiera una mala acción: cuando se ha visto obligada á contraer deudas bastante crecidas para que el boticario, á pesar de sus lágrimas, no quiera ya darle los medicamentos necesarios, para que la frutera le niegue un poco de leche, que es el alimento de su hijo. Uno y otro padecen, y no puede aliviarlos por falta de medios. Ella misma no ha comido pan en los dos últimos días. El hambre, la falta de fuerzas, los males del cuerpo unidos á los de el alma, no tienen ya ni término ni esperanza. El día de hoy es como el de ayer, y el de mañana será como el de hoy. Su marido no puede sanar: su hijo va pereciendo porque carecen de socorro.—Y ¡ella sola tiene que sufrir tantas angustias!... Pero *Francisco* despierta y se queja. ¡Ay! *Luisa* no puede levantarse para ir á consolarle: porque sería quitar á su hijo el único sosiego que ha tenido desde ayer.

—¡*Luisa!* ¡*Luisa!* ven y dáme de beber.

—Al instante, amigo mío, al instante. Tengo al niño durmiendo en mis faldas.

—¡Oh, *Luisa!* ven: tengo secos los labios y me abraso de calor.

—¡Dios mío! *Cárlos* va á despertar y á gritar.

—¡*Luisa!* ya no me quieres: ¿cómo me abandonas así?

—Y mi hijo?... ¡Ay Dios mío!

—Ya me faltan las fuerzas: ¡*Luisa!* ¡*Luisa!* Yo me muero.

La voz debilitada enmudeció; oyóse en lugar de ella un estertor que aterró á *Luisa*. Levantóse suavemente y con precaución para llevar al niño junto á la cama del padre: pero al primer paso despertó la criatura y empezó á gritar agitándose con violencia.

El enfermo estaba desmayado y tardó mucho tiempo en volver en sí, porque el niño, moviéndose con violentas convulsiones entre los brazos de su madre, impedía á esta dar á *Francisco* los socorros convenientes. Al fin abrió los ojos, y levantó un poco la cabeza. Después de haber mirado al rededor de sí con espantada vista, hizo seña con la mano que se alejara al niño.

—Sus gritos me parten la cabeza; la tengo tan débil y dolorida. Dijo poniéndose la mano sobre su frente descarnada. Y después añadió:

—¡Me ardo de sed!

Solo quedaba una gota de tisana en la taza que *Luisa* tenía temblando en sus manos.

—Tengo sed; tengo mucha sed: *Luisa*.

Y el niño se agitaba y continuaba con sus gritos.

—Tengo sed, repitió con enfado: porque la enfermedad produce aspereza en los caracteres más suaves, y egoísmo en los corazones más generosos.

Se acabó la bebida, respondió *Luisa*, procurando acallar á su hijo.

—Así eres tu, *Luisa*: no tienes previsión, ni cuidas de mí... Me abraso de sed... ¿porqué no me traes de beber?

—Ya voy, amigo mío, ya voy... Calla, *Carlitos* mío: que me partes el corazón.

Bajó maquinalmente la escalera con su hijo en los brazos, y sin objeto: porqué la frutera le había dicho el día antes muchas veces y con bastante claridad, que no esperase de ella nada fiado.

Y así *Luisa*, cuando llegó á la puerta, no hizo más que fijar la vista llorando, en aquella mujer grosera, árbitra entonces de la suerte miserable de una familia. Pero estaba tan vivamente impresa la desesperación en las facciones de madama *Boucher*, y el dolor en el rostro enfermizo de su hijo, que la vieja avinagrada se sintió movida á compasión, y dió regañando á *Luisa* algunas yerbas y un poco de leche. La infeliz le dió gracias llorando, y subió á su cuarto.

Un sacerdote anciano, que durante esta escena pasaba por la calle con alguna prisa hacia S. Sulpicio, se paró conmovido de la miseria y del dolor de la joven, en la cual su miserable vestido no impedía reconocer una persona bien educada. Después que hubo subido *Luisa*, se acercó á la frutera y le preguntó quien era. La mujer no dejaba de charlar. El padre la escuchó en silencio y después de un momento de reflexión, subió la escalera y se acercó á la puerta entornada del cuarto de *Luisa*. Llamó quedo, entró, y llegó á la cama del enfermo, á quien la vista de un sacerdote acusó una impresión desconsolada, porque parecía anunciarle su próxima muerte.

—¿Qué me quereis? le dijo con suma aflicción el enfermo.

—Vos sois hombre, y hermano mío; repuso con dulzura el sabio sacerdote. Abajo me han dicho que hace tres días que vuestro médico no os visita. Tengo algún conocimiento en medicina y os ofrezco mi asistencia. El enfermo, le alargó la mano.

—Vuestro estado no presenta ya peligro, dijo el anciano después de haber preguntado los síntomas que sufría: sólo os queda una grande debilidad: para curarla es indispensable un alimento ligero y sano.

Y mandó y describió largamente un régimen costoso como si estuviera en casa de un rico, y no en un aposento vacío sin más muebles que la cama del enfermo.

—Ahora es necesario que me hagáis un favor. En nuestro convento tenemos necesidad de un cuadro, quisiera que os sirviesséis encargaros de esta obra, por la cual pagaremos 500 escudos. Aquí están 200 francos en oro á buena cuenta, y mañana os traeré el resto de la suma. Y dirigiendo la palabra á *Luisa*, añadió: señora, si teneis necesidad de una mujer hacendosa para

ayudaros en las faenas de la casa y en la asistencia de vuestros dos enfermos, os recomiendo una de mis protegidas, inteligente y laboriosa, que vive cerca de mí. Yo voy á S. Sulpicio y la avisaré de camino. Adios: me voy, porque ya ha pasado la hora á que debo predicar y temo llegar tarde.

Al momento desapareció sin dar tiempo á los dos consortes para manifestarle su gratitud.

Un cuarto de hora después llegó la asistenta y se puso al trabajo con tanta actividad, que el enfermo, después que se le hizo la cama renovando las sábanas, y comió un poco, se durmió tranquilamente.

Carlitos también se fué sosegando poco á poco, y se quedó dormido en las faldas de la asistenta. *Luisa* recobró su esperanza, y con ella las fuerzas y el valor.

III

Entre tanto una muchedumbre numerosa, reunida en la Iglesia de San Sulpicio, esperaba con impaciencia al predicador, que debía ser un orador de gran fama, atendida la afluencia de los oyentes: porque no sólo constaba el auditorio de cristianos fervorosos, sino también de personas elegantes y de la clase más distinguida, que parecían haber concurrido más por curiosidad que por devoción. Las cercanías del templo estaban llenas de carrozas con las armas de las casas más nobles: las gradas cubiertas de lacayos con ricas libreas. El sacerdote que había visitado á *Boucher* tuvo mucha dificultad en atravesar por medio de los coches y de las gentes. En fin, llegó hasta el púlpito, cubierto de sudor y casi sin aliento. Oyese en todo el auditorio cierto murmullo que parecía acusar al predicador por haber hecho aguardar al público y manifestándole poco respeto por su tardanza.

Pero el religioso, sin turbarse por ese ruido, limpió con el extremo de la manga el sudor que bañaba su rostro, se adelantó al borde del púlpito, impuso silencio con una seña, y pronunció despacio este versículo del cántico de la virgen.

«Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.»

«Colmó á los pobres de bienes, y despidió hambrientos á los ricos.»

Después comenzó el famoso exordio que ha impreso el abate *Mauri*, y que es estimado, con razón, como uno de los trozos más elocuentes de la lengua francesa.

«A la vista de un auditorio tan nuevo para mí, podría creerse, hermanos míos, que no debiera yo hablar sin pedir os perdón á favor de un pobre misionero, desprovisto de todos los talentos que esperais, cuando venis á oír la palabra de salvación. Pero yo experimento ahora una impresión muy diversa; y si me siento

humillado, no creais que me rindo á las miserables inquietudes de la vanidad, como si estuviese acostumbrado á las aureolas de la elocuencia. No permita Dios que un ministro suyo tenga en ningún caso necesidad de excusa ante vosotros; porque, sea vuestra clase la que fuere, no sois más, en presencia del juez supremo, que pecadores como yo. Sólo en presencia de vuestro Dios y mío me siento ahora obligado á herir mi pecho. Antes he predicado los juicios del Altísimo en iglesias techadas de heno: he predicado los rigores de la penitencia á infelices cuya mayor parte no tenían pan que llevar á la boca: he anunciado á sencillos y bondadosos aldeanos las verdades más terribles de mi religión. ¡Qué he hecho, desgraciado de mí! he contristado á los pobres que son los mejores amigos de mi Dios: he llevado el dolor y el espanto á aquellos corazones puros y fieles cuando debiera haberlos compadecido y consolado. Aquí, aquí, donde solo veo grandes y ricos opresores de la humanidad doliente, pecadores endurecidos y audaces: aquí solo en medio de tantos escándalos debe resonar la palabra santa con todo la fuerza de su trueno: aquí en esta cátedra debe colocarse á un lado mío la muerte que os amenaza y al otro el inmenso Dios que ha de juzgaros. Temblad, pues, ante Dios, hombres soberbios y desdeñosos que me escucháis. El abuso ingrato de toda especie de gracias, la necesidad de salvarse, la certeza de la muerte, la incertidumbre de su hora tan espantosa para vosotros, la impenitencia final, el juicio último, el pequeño número de elegidos y sobre todo la eternidad: estos son los asuntos de que pretendo tratar y hablaros, y que indudablemente debí reservar para vosotros solos. ¿Qué me importan vuestros elogios que me condenarían quizá sin salvaros á vosotros? Dios va á convertirlos, mientras su indigno ministro os habla: porque he adquirido larga experiencia de sus misericordias; El mismo y El solo conmoverá vuestros corazones y vuestras conciencias en pocos momentos, y poseídos de espanto, penetrados de horror al contemplar las iniquidades pasadas, vendréis á buscar asilo entre mis brazos, derramando lágrimas de dolor y compunción: y á fuerza de remordimientos me tendréis por elocuente.»

Es imposible explicar la impresión profunda que causaron las palabras del Padre *Bridaine* en el auditorio poco antes tan mal dispuesto y que ya le escucha con silencio y admiración religiosa.

Después de algunos momentos de descanso, prosiguió:

«Pero me direis: *lo que esperábamos con tanta paciencia es el pan de la palabra divina ¿porqué habeis burlado nuestra ansia?...* Porque Dios me puso en el camino una familia entera que esperaba el pan de la Caridad, un niño que espiraba de miseria al lado de su padre cercano ya á la agonía: una madre tan desgraciada que le faltaba poco para dudar de la Providencia de Dios.

Y por un vano respeto al mundo, ¿debía yo, ministro de Jesucristo, apartar mis ojos de la indigencia, y dejar sin comer á los que tenían hambre? ¿sin consuelo á los afligidos? y sólo por consideración á vuestra impaciencia y á vuestro orgullo? Postrémonos todos, y pidamos perdón á Dios; y después vosotros culpables poderosos del siglo; ricos á quienes Dios en la hora del último juicio quizá despedirá indignado de la mesa de salvación, dad á Lázaro las migajas de vuestro banquete, para que se oiga una voz en favor vuestro, cuando la trompa del ángel vengador lance en la inmensidad del universo el grito terrible que despertará á los muertos y helará de espanto á los culpables: *¡el juicio último! ¡el juicio último!*

«Y ¿quién de vosotros se atreverá á levantar su vista al Padre ni al Hijo, que se sentará á la derecha del Padre? ¿Quién de vosotros podrá responder cuando una voz inexorable le pregunte: *¿donde está el bien que habeis hecho!* Entonces los lamentos que no hayais acallado, los dolores que no hayais aliviado, cuando para ello bastaba vuestro superfluo, se levantarán al rededor de vosotros y gritarán: *¡maldición! ¡maldición!* y estos gritos os seguirán al infierno donde gime el rico avariento, y serán para siempre vuestro suplicio».

«Apresuraos, pues, á salvar vuestras almas cuando es tiempo todavía: adquirir intercesores para el día del furor y de la venganza: no teneis más que un medio de aplacar al juez que tiene en su mano la balanza: y este medio es la caridad».

¿Qué necesidad hay de añadir más? ¿Es menester anunciaros la ley de Dios, cuya piedad implorareis en vano, si vosotros no la teneis con vuestros prójimos? Sed, pues, caritativos: pues sola la caridad puede salvaros... pero no tardeis: porque quizá no os quede ni aun los cuarenta días que el profeta concedió á *Nínive*. Mañana, hoy, quizá en este momento os va á helar el soplo de la muerte: quizá no hay un segundo de tiempo entre el pensamiento de salvación y el sepulcro, entre la salvación y el infierno, entre esta vida efímera y la eternidad. ¿Entendeis? ¡la eternidad!

Entonces el predicador hincó en el púlpito ambas rodillas cubrió el rostro con sus manos, y quedó sumergido en la meditación de las palabras terribles que acababa de pronunciar.

Cuando volvió á alzar la cabeza, se vió rodeado de personas que le traían oro á manos llenas: las señoras se quitaban las joyas de su adorno y las arrojaban á los pies del sacerdote. Otros recogían en la iglesia la limosna de los oyentes. En algunos minutos se amontonaron más de 50,000 libras junto al púlpito de el predicador.

Confió en depósito aquel montón de oro y plata á los sacerdotes de San Sulpicio, tomó mil escudos para *Boucher*, y se dirigió á casa del pintor. Pero de improviso le ocurrió un nuevo

pensamiento que le hizo mudar de dirección y al momento se puso en camino á pie para el sitio de Versailles.

IV

En los hombres que se dedican á trabajos serios, y que consagran su existencia á un grande objeto, se observan algunas veces ciertas niñerías que á primera vista contrastan con la austeridad de su carácter: pero reflexionando con más atención, se echa de ver que esos hombres, entregados enteramente á una sola idea, absortos en su sublime monomanía, no tienen tiempo de mirar con fastidio ciertas distracciones que el vulgo de los hombres no aprecia porque las ha gozado poniendo en ellas toda la fuerza de su alma. *Richeliu* se entretenía en andar á pie cojito en su gabinete: *Newton* gustaba de llamar por las noches á las puertas de las casas por oír las cosas que decían los porteros enfadados cuando al abrir no encontraban á nadie: y *San Juan*, el discípulo amado de nuestro Señor, domesticaba algunas perdices en la Isla de Patmos, para descansar de su misión evangélica y de los fervorosos éxtasis del Apocalipsis.

Del mismo modo tenía el *P. Bridaine* sumo placer en encubrir con un velo misterioso sus proyectos de felicidad á favor de *Francisco y Luisa*: y daba tanta importancia á este arcano, que en vez de prevenirles, los ocultó con grande cuidado que le hubiese ocurrido la idea de asegurar su suerte contra la miseria. Contentóse, pues, al día siguiente con llevarles el resto del dinero prometido por la pintura que había encargado á *Francisco*: y después, complaciéndose en este inocente artificio, indicó el asunto del cuadro, designó las dimensiones y fijó el término en que debía entregarse la obra. *Boucher* levantaba el semblante pálido y desfallecido, alegre con la idea de volver á manejar sus pinceles: *Carlitos* sonreía ya á su madre: y en el semblante de *Luisa*, restablecida con un baño y una noche de sueño tranquilo, volvió á aparecer la dulce serenidad que la caracterizaba. Un poco de oro bastó para lanzar la enfermedad y la desesperación: y los vestigios que la miseria había impreso en aquel humilde aposento, desaparecían dando lugar á una limpieza agradable.

Al cabo de ocho días *Francisco* podía pasearse en el cuarto y respirar el aire fresco en la ventana. El niño recobró en menos tiempo sus fuerzas, y sus gracias: tan rápidamente se pasa en la primera edad de la salud á la agonía y de la agonía á la salud. Entonces volvió el *P. Bridaine* para poner en movimiento la máquina que estuvo preparando laboriosamente toda una semana.

—Ya podeis sufrir el movimiento de un coche é ir al campo.

Yo quiero que vengais conmigo á casa de un amigo que tengo en Versailles, y donde estoy seguro que hallaremos buena

hospitalidad. Si os agrada mi proposición, mañana me pasaré por aquí con un coche de alquiler.

—¿Qué os parece?

—Será un paseo muy agradable, dijo *Luisa*.

—Y el aire del campo me acabará de poner bueno, añadió *Francisco*.

—Mañana, pues, á las ocho, para llegar antes de las horas de mucho calor.

—Estaremos pronto á las ocho, padre. *Luisa* cumplió su palabra: porque á las siete y media, adornada de un bonito traje que ella misma había hecho el día antes, tenía ya en sus brazos á su hijo, que estaba vestido de blanco, y que tendió sus manitas al Padre, cuando éste llegó, é inclinó hacia él su rostro atezado.

Subieron en el coche, y cuatro horas después llegaron á Versalles. Pararon junto á una linda casita que dependía del palacio y estaba edificada en medio de un jardín plantado de árboles, entre los cuales serpenteaba una fuentequilla.

—¡Dios mío! ¡qué mansión tan hermosa! exclamó *Luisa*.

—¿Quién es dueño de esta casa, padre? preguntó *Boucher*.

—El rey.

—¿Y quién vive en ella?

—El pintor ordinario del rey.

—¿Cómo se llama?

El padre *Bridaine*, examinando con detención las flores de un arbusto, no oyó esta pregunta: á lo menos no correspondía á ella.

Después de haber paseado muchas veces el jardín, entraron en la casa. La mesa estaba puesta en un corredorcito muy lindo; y mientras llegaba la hora de comer, nuestros viajeros descansaron en un salón adornado con sencillez, pero con agradable elegancia.

—Señora, la sopa está en la mesa; vino á decir unos momentos después una doncella de labor.

—¡Señora! repitieron con sorpresa *Francisco* y su mujer, que admirados buscaban con los ojos al ama de la casa. Entretanto el buen padre, encendido y alegre como un muchacho cuando ha hecho una travesura, reía á carcajadas, se flotaba las manos, y estaba vuelto hacia una ventana, como si mirase por ellos los campos.

Luisa y su marido comenzaban á percibir la verdad; pero no se atrevían á dar crédito á tanta dicha y les parecía hallarse entre las ilusiones dulces y engañosas de un sueño.

Al fin el P. *Bridaine* se separó de la ventana, y sacó de entre sus vestidos un pergamino sellado con el sello real.

—Sino conocéis todavía, les dijo, al dueño de esta habitación, vais á conocer por lo menos al pintor ordinario del Rey, nom-

brado por este título. Llámase..... mejor es que lo leais vos mismo.

—*Francisco Boucher*, exclamó *Luisa*.

¿Yo?

¡Oh padre mío! sois nuestro angel protector.

No soy más que el instrumento de que el Altísimo se ha servido en su misericordia para terminar vuestras tribulaciones. ¡Alabanza y gratitud sólo á Dios, hijos míos! Vuestro talento era ya conocido en la Corte, y merecíais este empleo. Por consiguiente se os ha hecho justicia: porque yo no hubiera pedido una cosa injusta ni aun para haceros felices.

—¡Cómo podré yo expresar mi amor, mi gratitud!.....

—Poniéndonos á la mesa, y no hablando más de mí, sino de vuestra felicidad.

Comieron, y no es menester decir que la comida fué alegre y se brindó muchas veces á la salud del *P. Bridaine*.

Levantándose de la mesa, tomó su báculo el anciano sacerdote para despedirse.

—Volveréis á vernos bien pronto, dijo *Luisa* presentando su niño á las caricias del religioso.

—¡Bien pronto! replicó con serenidad. Mañana salgo para Flandes, á donde me llama mi misión de paz y de fe. Señora, rara vez tiene descanso el misionero viejo. Es preciso que camine sin pararse y continúe su peregrinación apostólica hasta el momento en que se detenga para siempre. Y ¿cuál es la recompensa de tantos trabajos y de tantas buenas acciones? exclamó *Boucher*.

El *P. Bridaine* levantó los ojos al cielo, y se retiró. *Luisa* por un movimiento instintivo se puso de rodillas y le siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido: porque ella comprendía muy bien que la recompensa de aquel hombre era la virtud, era la benevolencia, era..... Dios.

Por la traducción,

A. T. de M.

ADVERTENCIAS

Se suplica á los Sres. suscriptores de esta REVISTA que se hallen en descubierto, que tengan la bondad de ponerse al corriente, para la buena marcha de la administración de la misma.

Los Sres. que no reciban algún número pueden pedirlo en esta Administración, Colegio de las Escuelas Pías de Barcelona.—Ronda de San Pablo.